129

2º Apunte

ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA.

LA MAMÁ POLÍTICA,



COMEDIA

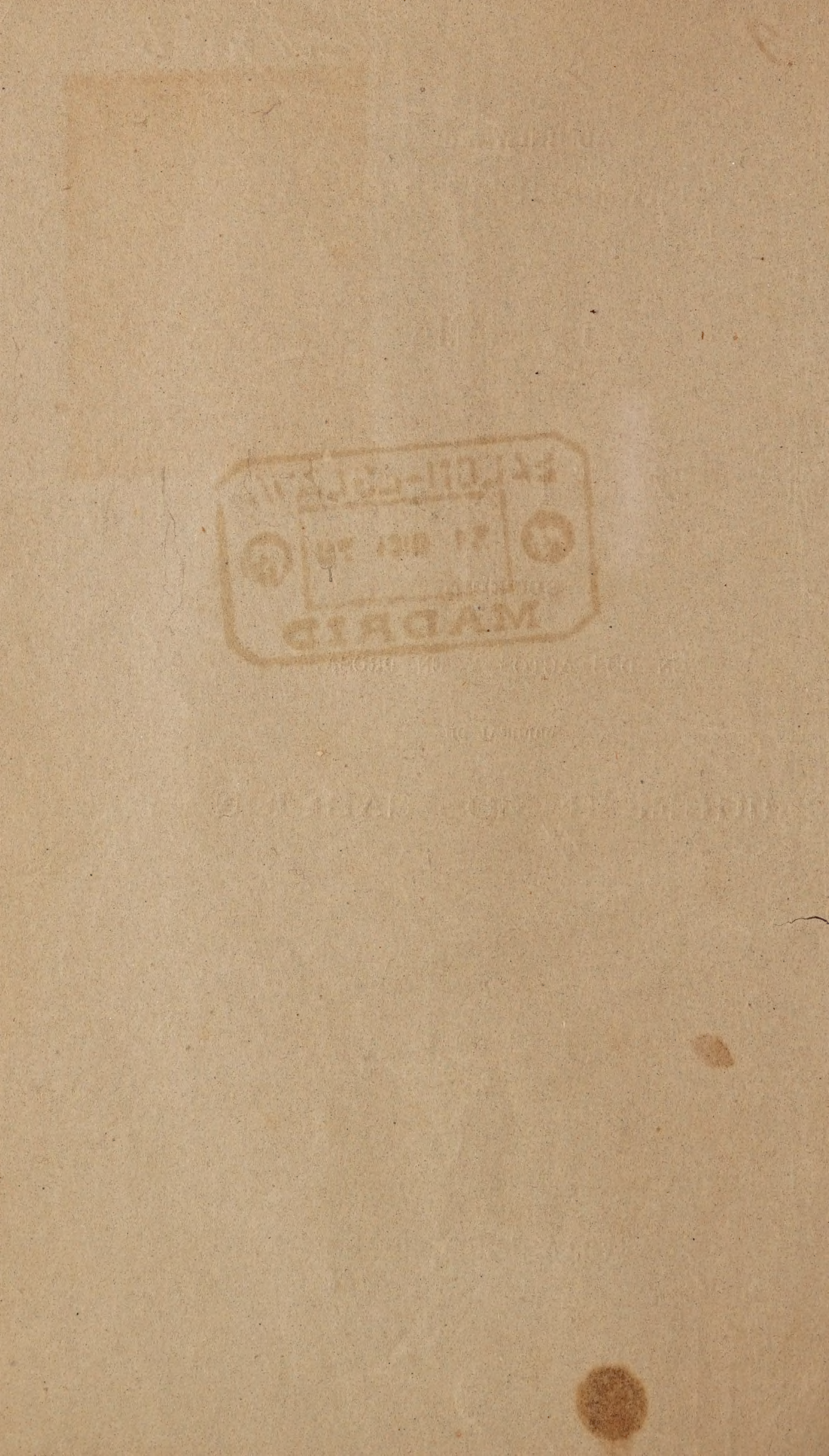
EN DOS ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

MIGUEL RAMOS CARRION.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1875.

9



LA MAMÁ POLÍTICA.

LA MAMÁ POLÍTICA,

COMEDIA

EN DOS ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

MIGUEL RAMOS CARRION.

Estrenada en el Teatro de la Comedia el 30 de Noviembre de 1875.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1875.

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA CLARA	SRA. VALVERDE.
LUISA	SRTA. GENOVÉS.
DOÑA JUANA	SRA. CALMARINO.
ÁNGEL	SR. MARIO.
EL DOCTOR	SR. ZAMACOIS.
MANUEL	SR. AGUIRRE.
UN CRIADO	SR. LARA.

La escena en Madrid.—Época actual.

NOTA IMPORTANTE

para los Directores de las compañías de provincia.

Los papeles de DOÑA CLARA y ÁNGEL, deben repartirse á la primera dama y al primer galan respectivamente.

Madre mia: Acepta la dedicatoria de esta comedia como una prueba más del entrañable cariño que te profesa tu hijo

Miguel

ACTO PRIMERO.

Sala baja en un *hotel* del paseo de la Castellana. Dos puertas á cada lado. Otra en el foro derecha, y á la izquierda ventana baja con antepecho, por la cual se ve el jardin.—Muebles elegantes.—Velador en el centro con dos divanes.

ESCENA PRIMERA.

ÁNGEL, que sale por la izquierda. ([1])

Nada, no he podido dormir ni un solo momento, y despierto y todo he tenido pesadillas. Cuando digo que esto va á costarme una enfermedad! Sí. Yo no estoy bueno, siento así como calentura. (Se sienta.) Yo me tengo la culpa; por ser débil, por no tener carácter; me está bien empleado. (Levantándose de pronto.) Qué necesidad tenía yo de todo esto? Ninguna. Con haberme opuesto á que viniera estaba todo arreglado. Pero no: cedí á sus indicaciones, me pareció un deseo natural, no quise darla un disgusto y me lo paso yo solito. ¡Dios quiera que mi complacencia no tenga funestos resultados! (Se acerca á la ventana. De espaldas á la puerta por donde sale Luisa de puntillas).

1 Entiéndase por derecha é izquierda la del espectador.

ESCENA II.

DICHO, LUISA, que se acerca á la puerta por donde salió Ángel y escucha.

LUISA. Nada, está durmiendo. Se empeñó en no ír y no va! Qué tercos son los hombres!

ANGEL. (Viéndola.) Luisa!

LUISA. Ay qué susto me has dado!

ANGEL. Te has asustado de veras? Quieres agua? Quieres algo?

LUISA. No, hombre, no, no es para tanto; pero creí que estabas en la cama y me ha sorprendido verte aquí! ¡No sabes cuánto te agradezco que te hayas levantado! Me das un placer muy grande. Ya sabía yo que complacerías á tu mujercita en una cosa que era tan natural.

ANGEL. (Dios mio!)

LUISA. Eres muy bueno! Anoche, cuando te negaste á acompañarme hoy á la estacion me diste un disgusto. Al fin te has convencido y lo celebro. Ya ves, era ridículo que no bajases á esperarla. ¿Qué diría?

ANGEL. Pero si...

LUISA. Nada, no tiene disculpa el negarte á eso; tú mismo lo conoces y buena prueba es haber hecho el sacrificio de levantarte á las diez de la mañana. Yo le dire á mamá todo lo que te cuesta el despertar ántes de las doce para que te lo agradezca. Pero todavía estás sin vestirte Son las diez y el tren llega á las once. Anda, vé á arreglarte. ¡Cuánto te agradezco el que me hayas complacido! (Empujándole suavemente hácia su cuarto.)

ANGEL. Oye, Luisa, oye, hija mia; estás en un error. No me he levantado para ir contigo...

LUISA. Cómo?

ANGEL. No puedo ir, estoy malo.

LUISA. Malo? Qué tienes? ¿Quieres tomar algo?

ANGEL. No te asustes, no es para tanto. Pero me siento mal; no he podido pegar los ojos en toda la noche y estoy algo calenturiento.

LUISA. Calenturiento? Á ver! (Le toca la frente y le toma una mano.) Quiá! Si no tienes calor! Eso es aprension. Vístete y ven conmigo; el paseito en coche te sentará bien. Anda.

ANGEL. No, de ningun modo; te digo que me encuentro mal.

LUISA. Entónces yo no voy tampoco.

ANGEL. Pues no faltaba más! Estaría bonito que llegase tu madre y no viese á ninguno de nosotros en la estacion. Vete, que yo aquí me quedo; á ver si me pasa esto... puede que no sea nada. Vé tranquila. Esto debe ser del insomnio, de la mala noche... Cualquier cosa. Pero el caso es que no me siento bueno.

LUISA. Ya me has puesto en cuidado.

ANGEL. No seas tonta! Si esto no es nada... ya verás, cuando vuelvas me encuentras bien.

LUISA. Has tomado chocolate?

ANGEL. No.

LUISA. Pues eso es lo que tienes, debilidad! Al diablo se le ocurre no haberse desayunado todavía! (Toca el timbre.)

ANGEL. Si no tengo gana.

LUISA. No importa, lo tomas bebido.

CRIADO. Qué mandan ustedes?

LUISA. El chocolate para el señorito. Pronto. (Váse el Criado.) Así lo tomas, te vistes en un momento y nos vamos juntos.

ANGEL. No, Luisa; no te empeñes en eso. Estoy mal, no salgo. Anda, vé á esperar á tu madre.

LUISA. Bueno hombre, ya voy. Pero ántes voy á rogarte una cosa.

ANGEL. Qué quieres?

LUISA. Que no se te vaya á escapar decirme delante de ella *«tu madre.»*

ANGEL. Bueno, lo tendré presente.

LUISA. Vamos á ver, cómo vas á llamarla?

ANGEL. Yo!

LUISA. Sí.

ANGEL. La llamaré... ¡cómo quiéres que la llame?

LUISA. Mamá.

ANGEL. Está bien: mamá.

LUISA. Pero no *tu mamá*, sino *nuestra mamá*, porque al fin ella es nuestra madre.

ANGEL. Eso no; lo que es mia...

LUISA. Bien, hombre, tu mamá política.

ANGEL. (Política! Así será ella!)

LUISA Conque no se te olvidará?

ANGEL. Descuida.

LUISA. Y ya verás cómo no pasan muchas horas sin que la quieras tanto como yo. ¡Es tan cariñosa y tan buena! ¡Mamaita mia!

ANGEL. (¡Mamaita!)

LUISA. Vaya, me marcho, no llegue tarde. ¿Te sientes mejor?

ANGEL. Sí, parece que estoy algo más... Pero no estoy bien... Oye, para que no extrañe que deje de ir á recibirla, díselo así á tu ma... Á ma... á mamá... á mamá! Á mamaita!

LUISA. Hombre, qué trabajo te cuesta! Pero ya te acostumbrarás.

ANGEL. Ya lo creo!

LUISA. Hasta luégo. (Haciéndole una caricia.)

ANGEL. Hasta despues.

ESCENA III.

ÁNGEL, despues el CRIADO.

ANGEL. Ay Dios mio! Dios mio! Yo no voy á poder fingir. Va á conocerme en la cara que la aborrezco, no podré remediarlo, y esto será un semillero de disgustos. Luisa se empeñará en que la quiera como si fuese mi madre. Mi madre! Madre no puede tenerse más que una y yo... ya la perdí. (Se sienta poniendo la cabeza entre las manos.)

CRIADO. (Con el chocolate.) Señorito, va usted á tomarlo aquí ó en el comedor?

ANGEL. Esto es horrible!

Criado. No quiere usted el chocolate, señorito?

Angel. (Levantándose.) Y yo sucumbiré... Está claro!

Criado. No señor, está regular.

Angel. (Reparando en él.) Eh? Qué quieres?

Criado. Aquí está el chocolate. ¿Dónde lo pongo?

Angel. Déjalo ahí; déjame. (El Criado lo pone sobre el velador y se va.) Estoy por marcharme ántes que lleguen ellas... así retardaré el momento de conocerla. Sí; voy á dejar escritos á Luisa cuatro renglones diciéndola que me voy á almorzar con cualquiera. No, eso no; se incomodaría y con razon. Le diré que un negocio urgente... que me han avisado... Justo! Un negocio! El negocio me salva! Benditos sean los negocios! (Va al velador y moja repetidas veces la pluma en la jícara del chocolate.) Luisa va á conocer que es un pretexto y su madre lo sospechará de seguro... y este será el primer motivo de disidencia... No importa; al fin y al cabo ha de haber alguno... cuanto más pronto mejor. Decididamente me voy á almorzar, á almorzar tranquilo acaso por la última vez de mi vida. (Escribe.) Qué es esto! Dios mio! Si estoy escribiendo con chocolate! Yo voy á volverme loco! (Toca el timbre.)

Criado. Qué manda usted?

Angel. Llévate eso.

Criado. (Calle! No lo ha tomado! Decía que estaba claro y parece tinta. Me lo tomaré yo.) (Váse.)

Angel. Y se me está ocurriendo ahora: qué bueno fuera que despues de todos mis temores resultase una suegra modelo, una buena señora. Pero no, será como todas. Es la única regla que no tiene excepcion.

Manuel. (Dentro.) No necesito que me anuncieis.

Angel. Manuel!

ESCENA IV.

ÁNGEL y MANUEL, en traje de mañana.

Manuel. Hola, jóven!

ANGEL. Tan temprano por aquí?

MANUEL. Salí á dar una vuelta por el Retiro y de regreso se me ocurrió venir á despertarte. ¡Cómo tú levantado á estas horas! Á qué se debe este milagro?

ANGEL. No podía dormir...

MANUEL. Y Luisa?

ANGEL. Buena; ha salido.

MANUEL. De compras, eh?

ANGEL. No!

MANUEL. Chico, estás malo?

ANGEL. No.

MANUEL. Has tenido escena doméstica? ¿Ha empezado el cuarto menguante de tu luna de miel?

ANGEL. No.

MANUEL. Me marcho.

ANGEL. Qué, te vas! Por qué?

MANUEL. Veo que tienes poca gana de conversacion y te dejo.

ANGEL. No, no te vayas; te necesito. Siéntate.

MANUEL. Ya estoy sentado: habla.

ANGEL. Vamos á ver. ¿Por qué me casé yo con Luisa?

MANUEL. Hombre! Me hace gracia la pregunta! Porque te enamoraste de ella, porque es una muchacha muy bonita y muy bien educada, y muy buena, y muy digna de...

ANGEL. No es eso, no es eso, no es eso.

MANUEL. Que no es eso Luisa!

ANGEL. No, hombre, no. Me casé con ella, ó mejor dicho, me enamoré porque creí que no tenía madre.

MANUEL. La manía de siempre.

ANGEL. Escucha y calla. Cuando la conocí vivía con sus tios; supuse por esto que era huérfana y dejé crecer mi pasion de tal manera, que cuando supe que su madre vivía ya no pude desarraigar de mi pecho aquel amor y me casé... á pesar de la madre.

MANUEL. Todo eso lo sabía ya: nada nuevo me dices. Pero no comprendo qué tenga que ver con...

ANGEL. Ah! No lo comprendes!

MANUEL. En verdad que no. (Ángel pasea agitado.)

ANGEL. (Parando de pronto.) Hoy llega. (Sigue andando.)

MANUEL. Quién?

ANGEL. Mi suegra!

MANUEL. La madre de Luisa!

ANGEL. Claro! Quién ha de ser mi suegra sino la madre de mi mujer? Pues bien, hoy viene, acaso ha llegado ya, tal vez no tarde media hora en asomar por esa puerta.

MANUEL. Bien, y qué?

ANGEL. Cómo y qué? Es decir que te parece cosa de poco más ó ménos la llegada de un enemigo semejante! Ay Manuel, Manuel, cómo se conoce que no te has casado! Yo vivía feliz...

MANUEL. Ya, vamos; tú vivías feliz é independiente y hoy te abres á tu suegra incautamente.

ANGEL. Por Dios, déjate de bromas y escucha. Yo vivía feliz cuanto puede serlo un hombre: la mamá de Luisa no pensaba venir por acá; Luisa tenía proyectado que fuéramos á verla en el Otoño, pero no pasaba de un proyecto. Yo sabía que su madre no podia venir, porque sus padecimientos la obligan á vivir en un clima templado, el cual es, felizmente, poco saludable para Luisa. En una palabra, contaba con una suegra asegurada á ochenta leguas! Sólo con mi mujer era dichoso; había logrado hacer de mi casa un paraiso; pero faltaba la serpiente... y hoy llega.

MANUEL. (Riendo á carcajadas.) Já, já, já! Estás delicioso, hombre, delicioso!

ANGEL. Ah! te burlas; no respetas mi dolor! Eres un mal amigo.

MANUEL. No seas necio y sírvate tu buen sentido para no ser víctima de esa ridícula preocupacion que hace de la suegra un ser punto ménos que infernal.

ANGEL. Ah! Tú no crees...

MANUEL. Yo no creo tonterías.

ANGEL. Tú, autor dramático, novelista, que te precias de conocer el corazon humano, no has estudiado el de las mamás políticas!

MANUEL. Calla, infeliz, calla. Tan lejos estoy de creer lo que la generalidad, que ahora precisamente me ocupo en escribir una comedia para defender á las suegras.

ANGEL. Valiente silba te van á arrimar los yernos!

MANUEL Es posible, si la comedia me sale mal; pero si es buena, cumpliré con ella el deber de rehabilitar á los ojos del público ese miembro de la familia, tan calumniado por todos.

ANGEL. Sí; y te arrojarán una corona, en cuyas cintas dirá con letras doradas: «al defensor de las suegras, una serpiente agradecida.»

MANUEL. Vamos, veo que he logrado ahuyentar tu mal humor.

ANGEL. No, Manuel; el corazon me dice que me amenaza un a desgracia próxima.

MANUEL. Cálmate, hombre, cálmate. Estás nervioso; tu sobreexcitacion te hace verlo todo negro. Tú no conoces á mamá de Luisa.

ANGEL. Felizmente.

MANUEL. No sabes cómo será, y á juzgarla por su hija, no puedes formar de ella mala opinion. Ademas, yo te lo aseguro, no todas las suegras son temibles; yo he conocido algunas apreciabilísimas...

ANGEL. Para tí. Pregunta á sus yernos.

MANUEL. Vamos á ver, enséñame su retrato. Por la fisonomía podré formar idea... Acaso te tranquilice. Si tiene la nariz de pico de loro, tiembla. Son las más temibles. Anda, enséñame el retrato.

ANGEL. No lo tenemos. Es decir, Luisa guarda uno de cuando tenía veinte años, una miniatura... no se puede formar idea.

MANUEL. Juzguémosla por su estilo. No tienes alguna carta suya?

ANGEL. Las guarda Luisa; pero á juzgarla por ellas tiene un carácter bellísimo, conciliador, y mucho talento. Pero no me fío, no me fío.

MANUEL. Tan mala te la figuras, que aun siéndolo ha de parecer buena.

ANGEL. Ay, Manuel, mi desgracia es demasiado cierta. Yo he procurado evitarla á todo trance, escribiendo á esa señora que aquí todavía helaba por las noches; que este clima la sentaría mal; pero nada, se empeñó en ver á su hijita y no ha habido medio de disuadirla.

MANUEL. Y es muy natural.

ANGEL. Muy natural, sí, pero muy horrible. Oye, voy á pedirte un favor.

MANUEL. Dí.

ANGEL. Quédate á almorzar con nosotros, así al ménos contaré con un apoyo; no tendré tanto miedo.

MANUEL. Pero chico, yo no conozco á esa señora, y así en este traje...

ANGEL. Qué importa?

MANUEL. Para contigo nada; pero con ella... Voy á casa, me arreglo un poco y vuelvo.

ANGEL. Bueno, y en cuanto almorcemos dices que necesito salir y nos vamos.

MANUEL. Así lo haré.

ANGEL. Cuánto te lo agradezco!

ESCENA V.

DICHOS, CRIADO, despues el DOCTOR.

CRIADO. Señorito...

ANGEL. Ay! Ya está ahí!

CRIADO. El señor de Aguirre.

ANGEL. (Respiro.) Que pase! Es nuestro médico.

DOCTOR. Cómo va por aquí? Qué tal está Luisa?

ANGEL. Bien; muchas gracias, Doctor. Siento que hayan molestado á usted inútilmente porque ya me encuentro más aliviado.

DOCTOR. No sabía que estuviese usted enfermo!... Á ver el pulso. Saque usted la lengua.

ANGEL. No; si ya me encuentro bien. Pero creí que Luisa había hecho que avisaran á usted.

DOCTOR. No señor. Vengo á hacer á ustedes no visita de médico sino de amigo.

ANGEL. Lo celebro, porque así será más larga.

DOCTOR. No me la agradezca usted. Ocho dias hace que somos vecinos.

ANGEL. Cómo! Se ha mudado usted? Me alegro mucho.

DOCTOR. No señor; pero desde hace una semana que vivo aquí al lado, en el hotel del marqués de Casanova. La marquesa, desde que sintió los primeros síntomas de alumbramiento, se empeñó en que me viniera á su lado, y aquí nos tiene usted con los dolores desde hace ocho dias y sin acabar de salir del paso.

ANGEL. Pues es divertido.

DOCTOR. Figúrese usted. No quiere que me separe de allí! Ya cansado, y por tomar un poco el aire me he venido á ver á ustedes. No pasará mucho tiempo sin que me llamen.

ANGEL. Pues tome usted asiento y charlaremos un rato.

MANUEL. Yo te dejo. Estaré aquí ántes de media hora.

ANGEL. Vé con Dios.

MANUEL. Hasta luégo. Beso á usted la mano. (Al Doctor.)

DOCTOR. Servidor de usted.

ANGEL. No te acompaño.

MANUEL. No faltaba más! (Váse.)

ESCENA VI.

ÁNGEL y el DOCTOR.

DOCTOR. Quiere usted un cigarrito? (Ángel lo toma y saca fósforos de la fosforera que habrá sobre el velador, encendiendo dos y dando uno al Doctor, quedándose con otro y sin encender el cigarro.)

ANGEL. (Preocupado.) (Tendrá razon Manuel? ¿No serán todas iguales? ¿Habrá alguna buena? Será la mia?) ¡Caracoles! (Tirando el fósforo con que se ha quemado.)

DOCTOR. Parece que está usted distraido.

ANGEL No, no señor; me da usted fuego? (Se lo da y enciende. Pausa, durante la cual, los dos echan el humo mirándolo subir distraidos.)

DOCTOR. Qué tiempo tan hermoso, eh?

ANGEL. Sí señor, sí. (Pausa lo mismo que ántes.)

DOCTOR. Piensan ustedes salir este verano?

ANGEL. Eh? No, no señor. (Pausa.) (Ap.) (Ay! No tendrá razon; será como todas!)

DOCTOR. Y qué hay de política?

ANGEL. (Distraido.) De política?... (Sombrío.) ¡Mamás!

DOCTOR. Cómo mamás?

ANGEL. (Procurando reirse.) Ah! Dispense usted, Doctor; no sé lo que digo, tengo la cabeza á pájaros.

DOCTOR. (Á este jóven le pasa algo.)

ANGEL. Hablemos de cualquier cosa: necesito distraerme: le agradezco á usted mucho la visita.

DOCTOR. Hablemos de lo que usted quiera, hombre. Pues á fe que yo soy amigo de estar callado! Capaz soy de hablar lo mio y lo ajeno. ¿De qué quiere usted que hablemos? Vamos, ya estoy empezando.

ANGEL. De algo que me distraiga. De toros. ¿No es usted aficionado á toros?

DOCTOR. Aficionado antiguo. Antiguo desgraciadamente. Por eso ya no tengo tanta aficion. Ya no hay toreros, ni toros, ni nada.

ANGEL. Y ¿cómo usted, una persona de tan buen juicio, es amante de esa diversion bárbara...

DOCTOR. Soy médico y allí se va á ver matar. ¡Algo se aprende!

ANGEL. Siempre tan bromista!

DOCTOR. Qué remedio, hombre, qué remedio! Así se pasa la vida. Pues sí señor; ya no hay toros, ya no hay toreros. Quién como yo ha visto al Chiclanero y á Montes... aquellos eran toreros, aquellas eran estocadas: siempre en su sitio! Y luégo los recursos cuando salía un bicho que pegaba: hoy los lidiadores no tienen recursos, ¿qué han de tener recursos?—Pero señor don Ángel, observo que usted atiende á todo ménos á lo que digo. Usted

está preocupado, á usted le pasa algo.

ANGEL. Sí, Doctor, sí, Y voy á decírselo á usted; yo necesito decírselo á todo el mundo. Yo quiero saber la opinion de usted.

DOCTOR. Mi opinion?

ANGEL. Sí señor; su opinion acerca...

DOCTOR. De los toros?

ANGEL. No, de las suegras.

DOCTOR. (Riéndose.) Hombre, es gracioso!

ANGEL. No crea usted que lo digo en broma. Le suplico á usted que me dé su opinion sobre el asunto.

DOCTOR. Nadie más perito que yo en la materia, porque he tenido cuatro.

ANGEL. Cuatro!

DOCTOR. Tantas como mujeres; todas ellas tenían madre.

ANGEL. Pero ha sido usted cuatro veces casado?

DOCTOR. Cuatro.

ANGEL. Y ha vivido usted con ellas?

DOCTOR. Con ellas!

ANGEL. (Estrechándole la mano.) Valiente! Valiente!

DOCTOR. Mis mujeres ¡pobrecillas! todas murieron, pero de mis suegras viven todavía tres.

ANGEL. Si no se mueren nunca!

DOCTOR. En cuanto á mí, aseguro á usted que no he sido desdichado por ellas.

ANGEL. No?

DOCTOR. No señor. Pero ha consistido en la manera de tratarlas.

ANGEL. Explíqueme usted eso.

DOCTOR. Á todas las he llegado á dominar.

ANGEL. Pero cómo?

DOCTOR. En pocas palabras le explicaré á usted mi método. Voy á hacer á usted una revista de la lidia que sostuve con ellas. Estilo tauromáquico: escuche usted. La primera se llamaba doña Gabriela, y era de buena ganadería. Salió al redondel del matrimonio boyante y con muchos piés. La paré con dos recortes, recibió varios

puyazos, se creció al castigo y la planté un par de banderillas al *cuarteo*, rematándola de un volapié en las tablas. La segunda, doña Benita, conocía el engaño y buscaba el bulto. La aplomé con seis verónicas y una navarra, estilo Cayetano, capeo fino. Aguantó nueve varas dándome un revolcon sin resultados; la colgué dos pares de rehiletes, y despues de tres pases de pecho y diez naturales, la hice humillarse de una baja arrancando. La tercera, Doña Venancia, de muchas libras, ojo de perdiz, recelosa y huida; no entró á la puya, y tuve que ponerle banderillas de fuego. Y la cuarta y última: doña Paca, *berrenda en colorao*, listona, capirota, botinera y bizca del derecho. Recargaba en las suertes, le planté un par al sesgo, tuve una cogida sin consecuencias, y despues de un trasteo de primer órden, la rematé de una por todo lo alto, *recibiendo*. Resúmen: el ganado bravo y de sentido, la lidia notable, la presidencia acertada.

ANGEL. De todo eso, lo único que saco en limpio es que todas ellas eran atroces.

DOCTOR. Sí señor, pero á pesar de todo, si encuentro mujer que me agrade me caso por quinta vez.

ANGEL. Aunque tenga madre!

DOCTOR. Aunque la tenga. La tomaré como toro de gracia... y se la dejaré al *sobresaliente*.

ANGEL. Ay! Dichoso usted, que puede echar á broma una cosa tan seria.

DOCTOR. Pues hombre, si fuera uno á tomar en serio las cosas de la vida, aviado estaba!

ANGEL. Ay! (Levantándose.)

DOCTOR. Qué?

ANGEL. Ha parado un coche.

DOCTOR. Creo que sí.

ANGEL. Ella es! Dios mio!

DOCTOR. Quién?

ANGEL. Mi suegra, que viene de Sevilla! Mi suegra á quien voy á conocer en este momento! (Se deja caer en un sillon.)

Sí; ellas son!

DOCTOR. Pero hombre, le va á llamar á usted grosero. Salga usted á recibirla.

ANGEL. (Levantándose y yendo hácia el foro.) Tiene usted razon, voy á recibirla, sí.

DOCTOR. Oiga usted; si no puede usted *recibirla, aguántela* usted. (Váse Ángel.)

ESCENA VII.

EL DOCTOR solo.

Me parece que este hombre no tiene ánimos para la lidia! Le compadezco si no toma á tiempo el olivo.

ESCENA VIII.

DICHO, LUISA, ÁNGEL, DOÑA CLARA y DOÑA JUANA.

Luisa trae del brazo á Doña Clara y Doña Juana. Ángel entra detrás.

LUISA. (Dentro.) Que pongan ahí los equipajes!

DOCTOR. Señoras!...

LUISA. Adios, Doctor, cómo está usted? Qué tal ha encontrado usted á Ángel?

DOCTOR. Muy bueno.

ANGEL. (Sí, muy bueno.)

LUISA. Aprension es lo que tiene! Ya se lo dije yo! ¡Tengo el gusto de presentar á usted á mamá. (Presentándole á Doña Clara.) El doctor Aguirre, nuestro médico.

DOCTOR. Y muy servidor de usted, señora.

CLARA. Gracias.

LUISA. Y esta señora (Por doña Juana.) es como si dijéramos mi segunda madre. Me ha conocido desde que levantaba yo tanto así del suelo... ¿Es verdad?

JUANA. Sí es verdad. (Sonriéndose.)

LUISA. Siéntense ustedes.

DOCTOR. Yo, con su permiso...

ANGEL. (No se vaya usted.)

LUISA. Voy á quitar á ustedes los sombreros. (Le quita el suyo á doña Juana. Doña Clara con los quevedos puestos observa impertinentemente todos los objetos que hay en la habitacion.)

ANGEL. (Al Doctor.) (¿Qué le parece á usted?)

DOCTOR. (Boyante y de buen trapío!)

LUISA. (Á doña Clara.) Siéntese usted... mamá!

ANGEL. (Usted!) (Acercándose á Luisa.) (No me habías dicho que la tratabas de tú!

LUISA. Se incomoda, y por eso...)

ANGEL. De usted! Sistema antiguo: suegra Calomarde.)

JUANA. Me parece muy alegre esta casa... y muy lindo el jardin. No echaremos de ménos Andalucía...

CLARA. Sí, no es fea.

LUISA. Ustedes traerán apetito. Daré órden de que adelanten la hora del almuerzo.

ANGEL. Te advierto que Manuel nos acompañará... ha dicho que vendría pronto.

CLARA. Y quién es Manuel?

ANGEL. Un amigo... mio...

LUISA. Y usted... Doctor, no quiere almorzar con nosotros!

DOCTOR. Bien, almorzaré, si ántes no vienen á avisarme, porque la Marquesa...

LUISA. (Al Criado que entra.) Que dispongan el almuerzo y avisen cuando esté. Que pongan dos cubiertos más. (Váse el Criado.)

ANGEL. (Mirando de reojo á doña Clara.) Y qué buena está para la edad que tiene!

CLARA. Observo, hija mia, que tu esposo no ha de perderse por lo charlatan.

ANGEL. Yo... no...

CLARA. Vamos, hombre, ya ha soltado usted dos palabras. Algo es algo. Pues en mí va usted á encontrar el reverso de la medalla. En eso no se me parece mi hija.

ANGEL. (Ni en nada, por lo visto.)

CLARA. ¿Se ha incomodado usted por lo que le he dicho?

ANGEL. Yo, señora...

CLARA. Francamente, he notado que está usted así como con

disgusto. Sentiría que mi venida fuera la causa...

ANGEL. Por Dios!

LUISA. No, mamá; por qué? Al contrario. ¿No es verdad, Ángel?

ANGEL. Sí, al contrario.

CLARA. Como le veo á usted tan retirado, con ese gesto y sin decir esta boca es mia... Hombre! Bien podía usted preguntarnos siquiera qué tal viaje hemos traido?

ANGEL. Ah! Sí: dispense usted. (Transicion.) Y qué tal... qué tal viaje han traido ustedes?

JUANA. Excelente.

CLARA. Regular. Venía con nosotras un matrimonio jóven, dos chiquillos así como ustedes, y la mamá de ella, que por lo visto es una infeliz. Bonito papel ha venido haciendo todo el camino! Para que yo les hubiera sufrido tanta inconveniencia! Los matrimonios jóvenes no quieren convencerse de lo precisa que les es la autoridad de una madre, de una verdadera cabeza de familia, que les guíe, apartándoles de los abismos adonde su inexperiencia puede conducirlos, y les dé consejos útiles en todas las cuestiones que ellos no puedan resolver fácilmente. ¿No piensa usted como yo? (Mientras doña Clara dice lo anterior, Ángel asustado da con el codo al Doctor varias veces.)

ANGEL. Sí; si señora. (Ay Doctor!)

DOCTOR. (Está muy brava: necesita muchos *recortes*.)

CLARA. Me figuro que usted tendrá formada de las suegras una opinion semejante á la que tiene la mayoría de los casados. La suegra es un ser insoportable, una espía del marido, una mujer que se mete en todo, que no encuentra nada á su gusto...

ANGEL. Yo...

CLARA. Un tirano con faldas, cuyo dominio es necesario esquivar á todo trance. ¡No me diga usted que no! Pues bien, yo traigo el propósito de convencer á usted de lo contrario y de que ame á su suegra como debe amarla todo yerno cariñoso. Tiene usted prevencion contra mí? Yo la desvaneceré! Y basta de sermon. Luisa, hija mia, ven acá, siéntate á mi lado. (Luisa se sienta junto

doña Clara.) ¿Sabes que te encuentro mucho más delgada que la última vez que nos vimos? Pero mucho más delgada. ¿Te sientes mal? ¿Tienes algun disgusto? Cuéntamelo todo; no ocultes nada á tu madre.

LUISA. Nada le oculto á usted. Soy completamente feliz.

CLARA. Dios lo quiera. (Á Ángel.) No se ofenda usted por lo que voy á decirle.

ANGEL. Es usted muy dueña...

CLARA. No acabo de creer lo que Luisa me dice.

ANGEL. Señora!...

LUISA. Mamá!

CLARA. Las mujeres suelen ocultar á sus madres los defectos de sus maridos, para que ignorándolos, les tengan en mayor aprecio del que merecen. Tengo en Sevilla una amiga que no puede ser más desventurada con su esposo, y cuando su madre, con el interés que naturalmente ha de inspirarla su hija, la pregunta si es dichosa, ella contesta como Luisa: soy completamente feliz! Mi marido es el hombre más cariñoso del mundo! Y como este ejemplo puedo citar á usted varios. Por eso no extrañe que me permita dudar de lo que Luisa dice. Los hombres son ustedes muy malos, pero muy malos!

ANGEL. Muchas gracias.

DOCTOR. Muchísimas gracias.

CLARA. Hablo en general.

DOCTOR. Pues por eso contestamos los dos. (Hombre, échela usted un capote.)

ANGEL. (No la resisto ni veinticuatro horas!)

CLARA. Y por cuánto tiempo han alquilado ustedes este hotel?

LUISA. Por dos años.

CLARA. Y piensa usted pasar aquí el invierno?

ANGEL. Sí señora.

LUISA. Ángel es tan aficionado al campo...

CLARA. Pues es una locura, no puede sentarte bien, es imposible.

ANGEL. Señora, el médico opina lo contrario.

CLARA. Yo respeto la opinion de usted. Pero no me negará que

suelen equivocarse con frecuencia.

ANGEL. (Qué imprudente!)

DOCTOR. Cierto es que por desgracia no siempre acertamos.

CLARA. Yo no comprendo esta moda de vivir en los alrededores de la poblacion. Esto es no disfrutar ni del campo ni de Madrid.

ANGEL. Yo opino lo contrario, que así se disfruta de ambas cosas.

JUANA. Á mí me parece lo mismo.

CLARA. Tengo la desgracia de no encontrar nunca nadie de mi opinion.

ANGEL. (¡Cómo serán sus opiniones!)

CLARA. (Que se ha levantado y mira el jardin por la ventana.) Hombre, qué fuentecita!

LUISA. Ves qué mona?

CLARA. Sí, muy mona para coger junto á ella unas tercianas.

ANGEL. (Cuotidianas van á ser las mias!)

DOCTOR. (Es de Miura!) (Á Ángel.)

CLARA. Hija, qué gusto tan detestable habeis tenido para los muebles de esta habitacion. ¿Quién los ha elegido?

ANGEL. Yo, señora.

CLARA. Me lo figuré! Son horribles!

JUANA. Á mí me parecen muy lindos.

ANGEL. Muchas gracias.

ESCENA IX.

DICHOS, un CRIADO, MANUEL.

CRIADO. El señor Ortega.

ANGEL. Ya está aquí Manuel.

MANUEL. Sentiré haberme hecho esperar. Luisa... (Saludándola.)

LUISA. (Presentándole á Doña Clara.) Don Manuel Ortega, mamá!

CLARA. (Él!)

MANUEL. (Ella!)

JUANA. Qué es esto?

CRIADO. Cuando ustedes gusten: ya está el almuerzo. Señor Aguirre, que vaya usted inmediatamente á casa del

señor marqués.

DOCTOR. Gracias á Dios! Á ver si ahora salimos del paso. Señoras, muy bien venidas. Adios, Luisa. Siento no almorzar con ustedes. Si puedo vendré á tomar el café.

LUISA. Adios, Doctor.

MANUEL. (Es ella, no hay duda!)

CLARA. (No hay duda, es él!)

LUISA. Á la mesa. (Ángel ha ido á dar el sombrero al Doctor.)

CLARA. (Á Ángel.) Vamos, hombre, ofrézcame usted el brazo, sea usted fino.

ANGEL. Sí... voy! (Doctor!...) (Dándole el sombrero.)

DOCTOR. (Prepare usted la media luna!) (Manuel lleva del brazo á Luisa y Doña Juana. Angel da el suyo á Clara y esta se lo lleva casi arrastrando.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del anterior.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA CLARA, DOÑA JUANA, el DOCTOR, ÁNGEL y MANUEL sentados. LUISA sirviéndoles el café.

LUISA. (Á doña Juana.) ¿Con leche?
JUANA. Sí, un poquito.
LUISA. (Á doña Clara.) ¿Y usted?
CLARA. Yo sólo.
LUISA. (Á Manuel.) Y usted tambien?
MANUEL. Sí señora.
ANGEL. Y yo tambien.
LUISA. Tú no debes tomarlo puro. ¿Verdad, Doctor? Si apenas ha almorzado.
DOCTOR. Es lo mismo.
LUISA. Va á hacerte daño: no te lo doy.
CLARA. Haces muy mal. Que lo tome como quiera. No es ningun chiquillo; si le hace daño que se aguante; dáselo puro.
ANGEL. (Á Luisa muy marcado.) Con leche!
LUISA. Ay! Se me ocurre una idea! Vamos á tomarlo al jardin.

JUANA. (Levantándose.) Bueno.

ANGEL. Me parece bien. (Se levantan todos.)

CLARA. Excelente idea con este sol que hace! La más á propósito para coger un tabardillo!

ANGEL. (Dios me dé paciencia!)

DOCTOR. (Á sentarse, don Ángel.) (Se sienta. Los demás hacen lo mismo.)

LUISA. Bueno, lo tomaremos aquí.

MANUEL. (Ap. á Ángel.) (Tenemos que hablar.)

ANGEL. (Busca un pretexto para que nos vayamos.)

MANUEL. (Necesito estar aquí.)

ANGEL. (Tú!)

MANUEL. (Sí; ya te explicaré...)

LUISA. (Al Doctor.) Y cree usted que la marquesa saldrá hoy de su cuidado?

DOCTOR. No lo sé, hija; yo ya voy temiendo que no va á salir nunca.

LUISA. Pobre señora!

DOCTOR. Llevo una semana divertida!

LUISA. Lo comprendo.

CRIADO. De parte del señor marqués que vaya usted inmediatamente. (Al Doctor.)

DOCTOR. (Dejando la taza y levantándose.) Lo ven ustedes? Ni tomar café me dejan. Adios, señoras. Y probablemente para nada. (Váse.)

ESCENA II.

DICHOS, ménos el DOCTOR.

CLARA. No pierde nada con no tomarlo: es un café detestable (Dejando la taza.)

LUISA. Mezcla de moka y caracolillo!

CLARA. Será que esté muy tostado.

ANGEL. (Yo sí que voy estando tostado.)

CLARA. (Á Doña Juana.) Por qué no bajas á dar una vuelta por el jardin, tú que eres tan aficionada á las flores. Puede acompañarte ese caballero, (Por Manuel.) y así hablare-

mos nosotros de algunos asuntos de familia con los cuales temo molestar á ustedes.

ANGEL. (Es hasta grosera.)

MANUEL. Señora, yo tendré mucho gusto en acompañar á usted. (Á doña Juana.)

ANGEL. Pero van á coger un tabardillo con el sol que hace.

CLARA. Bajo los árboles hay sombra.

ANGEL. (Para tomar el café no la había.)

JUANA. Daremos un paseito. Hasta luégo.

LUISA. Adios.

MANUEL. (Despues de darle el brazo.) Hasta despues. (Vánse.)

ANGEL. Yo voy con ustedes tambien.

CLARA. Suplico á usted que se quede. Tenemos que hablar. (Salen doña Juana y Manuel.)

ESCENA III.

DOÑA CLARA, LUISA y ÁNGEL.

ANGEL. (Santo Job! Santísimo Job! Préstame tu paciencia!)

CLARA. (Se sienta.) Sentémonos. (Á Ángel.) Observo, hijo mio, que como yo sospechaba, me mira usted con la misma prevencion que abrigan todos hácia sus suegras.

ANGEL. Yo...

CLARA. Es inútil negarlo: tengo un golpe de vista que no me engaña nunca.

ANGEL. Pero...

CLARA. No me importa. Usted ha formado de mí una idea equivocada... no me importa tampoco. Sé que mis palabras van á disgustar á usted... tampoco me importa nada. Vengo dispuesta á que esto no siga así.

ANGEL. Y dígame usted, señora, qué es esto?

CLARA. Esto es la vida anómala que estamos haciendo: esta separacion no puede continuar, yo quiero vivir al lado de mi hija, quiero velar por ella.

ANGEL. No lo necesita, señora.

CLARA. Sin embargo, yo quiero vivir aquí, y vengo completamente decidida á ello.

ANGEL. (Esta es la más negra.) (Saca un cigarro puro.)

CLARA. Usted no me conoce, hijo mio, si piensa que yo voy á meterme en nada. De ningun modo. Ustedes serán independientes y yo tambien. Soy enemiga de ocuparme en lo que no me importa, y ademas comprendo que á cada edad hay que darle lo que le corresponde. ¿Qué está usted haciendo?

ANGEL. Señora, encendiendo un cigarro.

CLARA. Pero usted fuma!

ANGEL. Sí señora.

CLARA. Y tú le permites que fume?

LUISA. Sí.

CLARA. Tire usted ese cigarro.

ANGEL. Señora!...

CLARA. (Cogiéndoselo de la mano.) Y fuma usted brevas! Gastará un dineral en humo! (Tira el cigarro.) Veinte años estuve casada, y ni una vez se permitió mi esposo fumar en mi presencia!

LUISA. (Á Ángel.) (¡Calla por Dios!)

ANGEL. (Aquí va á armarse algo muy gordo.)

CLARA. Iba diciendo que yo aunque viva con ustedes no me meteré en nada.

ANGEL. Sí; eso estaba usted diciendo.

CLARA. Ahora bien: si yo notase algo inconveniente, mi obligacion, como madre cariñosa, sería no tolerarlo. Vamos á ver. ¿Cuánto da usted mensualmente á Luisa para sus gastos particulares?

ANGEL. Lo que le hace falta.

CLARA. Qué! ¿No le tiene usted asignada una cantidad fija? Eso no puede seguir así. En toda casa donde hay arreglo, la mujer sabe á qué atenerse y gasta acomodándose á lo que tiene. Dada la posicion de usted, su mujer necesita dos mil reales al mes para sus gastos.

ANGEL. (Caracoles!)

CLARA. Y usted cuánto gasta?

ANGEL. Qué sé yo cuánto gasto!

CLARA. Bien; no crea usted que yo no me pongo en lo regu-

lar: sé que los hombres tienen compromisos, y no quiero que usted quede mal en ninguna ocasion. Le señalo á usted tres duros mensuales.

ÁNGEL. (Procurando reir.) Qué bromista es usted!

CLARA. Cómo bromista! Pero usted echa á broma lo que le digo?

ANGEL. Pues cómo he de tomarlo?

CLARA. De veras y muy de veras! Pues me gusta! La cosa es muy seria.

ANGEL. Y tan seria!

CLARA. Y quién de ustedes maneja los fondos?

ANGEL. Yo!

CLARA. Ah! usted! Y tú se lo toleras! Ah, caballero, bien se conoce que ha dado usted con Luisa, que es un ángel; con mi hija, que tiene el carácter tan dulce como el mio, que lo sufre todo. Pero si hubiese usted dado con una de esas mujeres que comprenden en lo que consiste el bienestar de un matrimonio, que saben que el dinero en manos del marido es un peligro constante para la felicidad conyugal, no tendría usted la llave de la gaveta. Porque vamos á ver, qué objeto tiene usted al apoderarse de ella? Disponer á su antojo del dinero, derrochar con sus amigos lo que despues hará falta en su casa, alimentar vicios, sostener acaso alguna mujer...

ANGEL. Señora... (Yo no aguanto más!)

LUISA. (Prudencia, Ángel. Ténla por mí!)

CLARA. Vamos, veo que le he convencido á usted. Me alegro. Desde hoy te encargas tú de los fondos, hija mia. Así me gusta, es usted hombre razonable...

ANGEL. Pero...

CLARA. Continúo. Otra de las calamidades que afligen al matrimonio, son los amigos del marido. Ya he visto que tiene usted un amigo, ese que acaba de salir. ¿Tendrá usted algun otro?

ANGEL. Señora, muchísimos!

CLARA. Pues yo vengo dispuesta á cortar de raiz tales abusos. Los amigos del marido no sirven para nada bueno. No

admito réplicas. El mejor esposo, el ménos aficionado á divertirse, el más amante de su mujer cae al abismo arrastrado por sus amigos. Cuando el hombre se casa debe separarse de todo aquello que represente su vida de soltero; y así como destruye la correspondencia de sus antiguas amantes, así como rompe todos los recuerdos de amor para consagrarse á su esposa, así tambien debe renunciar á todas sus amistades, nacidas entre el desórden de la vida de soltero. Usted debe desde ahora crearse amigos nuevos, personas formales, de su mismo estado, pero de más edad. Porque... vamos á ver. Voy á poner á usted un ejemplo práctico.

ANGEL. (Esta mujer me marea.)

CLARA. Está usted con su esposa. Es una tarde de invierno; hace mucho frio; ella no tiene gana de salir, usted tampoco. La lluvia azota los cristales, el fuego chisporrotea; todo brinda á pasar la tarde en casa. Usted es feliz al lado de su mujer; no parece sinó que un rayo de la luna de miel los ilumina. De pronto llega un amigo de usted, un amigo como ese que estaba aquí y le dice... ¿Como se llama usted?

ANGEL. Ángel, señora! ¿No lo sabe usted? (Á Luisa.) ¿No sabe *mamá* cómo me llamo! Ángel! (Y tan Ángel!)

CLARA. Sí, no recordaba. Pues bien, le dice: Ángel, vámonos á dar una vuelta... Y usted dice: hombre, no pensaba sallir. Y qué te haces aquí toda la tarde? Ya lo ves. Pero hombre, no te aburres de estar aquí metido todo el dia? Usted contesta: *Pché*!! Vamos, anímate, vente un rato al Casino; y usted se levanta y deja á su mujer y se marcha con su amigo. Llega la hora de comer y el amigo dice: no vayas á casa, comeremos en Fórnos. Y usted contesta: no, no, me espera Luisa... y él exclama: parece que estás cosido á pespunte á tu mujer! Y usted, porque no crea que está cosido á pespunte, come con su amigo en Fornos, y despues se van ustedes al teatro, y luégo Dios sabe dónde, y viene usted á casa á las tantas de la mañana. Y en tanto su pobre esposa le aguar-

da impaciente, teme que le haya sucedido una desgracia, gime, llora, se desespera. (Pasando por delante para abrazar á Luisa.) Ay hija mia! Y para esto te has casado! Para unirte á un hombre que te deja abandonada, pobre hija mia!

ANGEL. Pero señora. .

CLARA. Nada, nada, se suprimen los amigos. (Con la mayor naturalidad.)

ANGEL. Señora, si se ha figurado usted que voy á tolerar ese ridículo dominio que pretende tener entre nosotros, le advierto que se ha equivocado por completo. Yo en mi casa haré lo que me parezca conveniente. (Luisa le tira del batin y Ángel se lo hace soltar repetidas veces.)

CLARA. Caballero, qué manera de hablar es esa?

ANGEL. La manera más franca y más oportuna despues de escuchar á usted.

CLARA. Es decir que no admite usted consejos de nadie, que quiere vivir á su antojo, libre como ántes de casarse, entregado á todos los excesos...

ANGEL. Señora...

LUISA. (Calla, por Dios!)

CLARA. No tiene usted la culpa, sino Luisa, que lo sufre, y que por lo visto le ha dejado hacer en todo su santísima voluntad; pero yo le prometo que de hoy en adelante no será así. Felizmente he llegado á tiempo de evitar desgracias mayores. Luisa, tú no puedes tolerar lo que está pasando.

LUISA. Pero si no pasa nada, mamá!

CLARA. Pasará. Ya he conocido á este caballero, ya veo que es capaz de todo, ya comprendo por qué estás tan desmejorada, adivino los malos ratos, comprendo el abandono en que vives. Tú eres muy desgraciada, hija mia!

ANGEL. Oyes, Luisa?

LUISA. No, mamá.

CLARA. Oh! Lo comprendo todo! ¡Pobre hija mia! Pobre mártir! (Pasando como ántes para abrazarla.)

ANGEL. Señora, por los clavos de Cristo!

CLARA. Yo no puedo ver esto, no puedo. Hoy mismo me vuelvo á Andalucía.

ANGEL. Vaya usted bendita de Dios!

CLARA. Ah! ¿Conque quiere usted que me vaya? Pues no me voy.

ANGEL. (Dios mio!)

CLARA. Pero sí, me voy, me voy. No quiero verte sufrir. ¡Qué boda tan desgraciada! Me marcho hoy mismo. ¿Á qué hora sale el primer tren?

ANGEL. Á las siete y cuarenta y cinco.

CLARA. (Llorando.) Quédese usted sacrificando á esta víctima, y tenga la seguridad de que no he de verle más en mi vida. Me voy para siempre!

ANGEL. Qué felicidad!

CLARA. (Á Luisa.) Llora, llora. (Luisa finge llorar.)

LUISA. Ay Dios mio!

ANGEL. Por qué lloras?

CLARA. Lo ve usted? La va usted á matar á disgustos.

ANGEL. Hágame usted el favor de callar!

CLARA. (Llora más fuerte.) (Luisa lo hace.)

ANGEL. Por Dios, Luisa.

CLARA. Ahí tiene usted las consecuencias de su conducta.

ANGEL. Señora, es usted un demonio!

CLARA. Hija mia, que insulta á tu madre.

LUISA. (Llorando más.) Ay, ay, ay!

ANGEL. Qué es eso? Te pones mala?

LUISA. (En voz muy baja.) (No te asustes, me ha dicho ella que lo finja.)

ANGEL. (Canastos!)

CLARA. Yo no puedo ver esto.

ANGEL. Yo no puedo verla á usted.

LUISA. (Riendo á carcajadas.) Já, já, já, já!

ANGEL. Y te ries!

CLARA. Risa nerviosa! Lo ve usted? La va á matar en cuatro dias!... No puedo ver esto, me voy ahora mismo.

ANGEL. Vaya usted enhorabuena.

CLARA. Es usted un infame!

ANGEL. Y usted una suegra!

(Los dos párrafos siguientes deben decirse á un tiempo.)

CLARA. Le aborrezco á usted, no puedo verle. Le odio! Ay, qué boda tan infeliz! Ay, qué hombre, qué hombre, qué hombre!

ANGEL. Vaya usted con Dios y no vuelva. Por qué ha venido usted? Para qué ha venido usted? ¡Qué mujer, qué mujer, qué mujer! (Vánse cada uno en direccion contraria. Luisa, al verlos salir, suelta ya francamente la carcajada.)

ESCENA IV.

LUISA, luégo ÁNGEL.

ANGEL. (Asomando con precaucion la cabeza.) Se marchó?

LUISA. Sí.

ANGEL Luisa, ya comprenderás que esto no puede tolerarse.

LUISA. Hijo, y qué remedio! Es mi madre.

ANGEL. Pues me gusta! Conque es decir que estás dispuesta á sufrirla! Qué, te parece natural que yo permita la repeticion de escenas semejantes! No! De ningun modo: no faltaba más!

LUISA. Pero hombre, reflexiona...

ANGEL. No reflexiono. Ya estoy hasta aquí; me ha dado un disgusto gordo; pero el segundo, yo te juro que no me lo da. No faltaba otra cosa! (Cogiendo el abanico que tiene Luisa y haciéndose aire con él.)

ESCENA V.

DICHAS, DOÑA JUANA, MANUEL.

JUANA. Es precioso el jardin.

ANGEL. (Ah!) (Deja de pasear, pero sigue abanicándose.)

LUISA. De veras le ha gustado á usted?

JUANA. Muchísimo, hija mia.

MANUEL. (Á Ángel.) ¿Qué es eso, tanto calor tienes?

ANGEL. Estoy ardiendo.

JUANA. Se siente usted malo?

ANGEL. No, no señora, muchas gracias. (Toca el timbre.)

MANUEL. (¿Dónde habrá ido?)

LUISA. Qué quieres?

CRIADO. Qué manda usted?

ANGEL. Un vaso de agua! (Váse el Criado.)

LUISA. No, Ángel, por Dios, no bebas ahora, estás sofocado y podrá hacerte daño.

MANUEL. Pero de qué te has acalorado así?

LUISA. (Á Doña Juana.) Ha tenido una cuestion con mamá.

JUANA. Vamos, ya comprendo; su carácter, su carácter de siempre.

ANGEL. Ah, señora! Celebro que usted diga lo mismo! Tiene un genio insoportable! Eso no es mujer... eso es .. eso es una suegra! Bien lo decía yo! Por qué no me habré casado con una huérfana!

LUISA. Muchas gracias.

JUANA. No, hijo mio, no diga usted eso. La suegra es una segunda madre.

ANGEL. Eso debe ser, pero no lo es.

JUANA. Pues no ha de serlo! Yo no me conceptúo una excepcion y soy, sin embargo, la madre de mi yerno! Usted tiene madre?

ANGEL. No señora.

JUANA. Pues bien; en la de Luisa debe usted encontrarla. Ella debe tratar á usted como hijo suyo... si no ¿por qué le ha entregado su hija?

ANGEL. Eso digo yo!

JUANA. Mi amiga tiene mal carácter, es cierto...

ANGEL. Insufrible!

JUANA. Y habrá querido meterse en si ustedes viven de esta ó de la otra manera...

ANGEL. Exactamente.

JUANA. Pues bien, yo evitaré todo eso; yo le haré comprender que su mision al lado de ustedes debe reducirse á estrechar más y más el lazo que les une, á calmar su encono si lo hubiera, á disipar todas las nubes que oscurezcan el cielo de su dicha... Vamos, cálmese usted,

que no merecen estas ligeras rencillas el que usted se sofoque de ese modo. (Presentándole el vaso del agua.) Tranquilícese usted. Beba un poquito.

ANGEL. Gracias, muchas gracias. (Bebe.)

JUANA. Fume usted un cigarro. (Dándole uno que coge de la cigarrera.)

ANGEL. No le molesta á usted el humo?

JUANA. Al contrario. (Dándole un fósforo encendido.)

ANGEL. (Qué simpática es esta señora!) Gracias, gracias.

JUANA. Y tú, hija mia, ven conmigo. Vamos á calmar las iras de tu mamá.

LUISA. Vamos. (Vánse.)

ESCENA VI.

ÁNGEL y MANUEL.

MANUEL. (Conteniendo la risa.) (Si él supiera... infeliz! Le está bien empleado.)

ANGEL. (Mirando hácia la puerta por donde salió Doña Juana.) Pero qué simpática es esa señora! (Volviéndose á Manuel.) Ve como yo tenía razon?

MANUEL. En qué?

ANGEL. En decir que todas son iguales. No puedes figurarte la escena que aquí ha pasado hace un momento. Esa mujer es una fiera.

MANUEL. Calla, desdichado, no sabes lo que dices.

ANGEL. Cómo! Puede que todavía quieras convencerme...

MANUEL. Sabes quién es tu suegra?

ANGEL. Sí, un demonio.

MANUEL. Tu suegra es la mujer más encantadora de la tierra, la mujer de quien estoy enamorado con toda mi alma!

ANGEL. Manuel! Te has vuelto loco!

MANUEL. Sí, Ángel, sí, es ella, ella!

ANGEL. Manuel!

MANUEL. Esa mujer de quien mil veces te he hablado; la viuda con quien hice un viaje desde Córdoba á Cádiz; la única mujer que me ha hecho pensar sériamente en el

matrimonio.

ANGEL. Jesús!

MANUEL. La misma. Yo necesito hablar con ella. No he vuelto á verla desde entónces. Ocho meses hace. Ella habrá creido que nó la he buscado, que la he olvidado tal vez. No. Es preciso que sepa que la quiero como ántes, más que ántes...

ANGEL. Pero, hombre, es imposible lo que estás diciendo.

MANUEL. Te juro que sí. Cómo había yo de suponer que era esa señora tu suegra! Yo que no soñaba sino con el momento de volver á verla! Soy feliz, completamente feliz, abrázame!

ANGEL. Cálmate, Manuel. Bebe un poco de agua.

MANUEL. Pero no recuerdas que te he hablado mil veces de una viuda...

ANGEL. Sí lo recuerdo... Una viuda que conociste en el tren y que trataste ocho ó diez dias en Cádiz: me lo has contado cien veces!

MANUEL. La misma. La reconocí al momento y ella á mí.

ANGEL. Pero te gusta de veras?

MANUEL. Me encanta!

ANGEL. Y no te asusta su génio?

MANUEL. Al contrario!

ANGEL. Estás hablando en broma...

MANUEL. Te juro que lo digo con toda mi alma...

ANGEL. Una señora de sus años...

MANUEL. Cómo de sus años, si no tiene arriba de treinta y seis.

ANGEL. (Riéndose.) Treinta y seis! Já, já, já, já! Treinta y seis, qué disparate!

MANUEL. Cómo disparate!

ANGEL. Cincuenta, Manuel, cincuenta! Ya ves si lo sabrá su hija...

MANUEL. Ah! Sí, es cierto; debe saberlo su hija... Pero no me importa aunque tenga cien años. No los representa, para el caso es lo mismo.

ANGEL. Eso es muy cierto. Está muy bien conservada, no te lo niego; es una suegra á prueba de bomba, una suegra

que no se morirá nunca.

MANUEL. Pues tal atractivo tiene para mí, tanto la quiero, que hasta soy capaz de casarme con ella.

ANGEL. Qué dices! Tú mi suegro! Ya te aborrezco.

MANUEL. Ah! Allí viene.

ANGEL. Escapo. No quiero verla.

MANUEL. Si, vete, que deseo hablarla.

ANGEL. Pobre Manuel, eres más digno de lástima que yo. (Váse al jardin.)

ESCENA VII.

MANUEL, CLARA.

MANUEL. Ha fingido no conocerme. Veremos ahora.

CLARA. (Ah! Él!)

MANUEL. Señora...

CLARA. Y mi yerno?

MANUEL. Ángel salió ahora mismo. Estoy enterado de todo. Deseo hablar con usted, Clara.

CLARA. Caballero...

MANUEL. Será posible que no se acuerde usted de mí? Bastarán ocho meses de separacion para olvidar al que ha jurado á usted qne la amaría toda su vida!

CLARA. Caballero, yo no puedo recordar al hombre que despues de jurarme un amor eterno desaparece cuando ménos se piensa y no vuelve á dar noticias de su persona. Voy á buscar á mi yerno. (Indica el mútis siempre que dice esto.)

MANUEL. Óigame usted y me perdonará de seguro. La última noche que ví á usted fué el veinticinco de Octubre, lo recordaré siempre! Aquella noche recibí un telégrama anunciándome que mi padre estaba gravemente enfermo.

CLARA. Está ya bien?

MANUEL. Sí señora, gracias.

CLARA. Me alegro. Abur.

MANUEL. Óigame usted por favor. Acababa usted de salir para

la Isla con sus amigas, y el tren para Sevilla iba á marchar. Yo no podía ver á usted. Me puse en marcha pensando escribirla en cuanto llegase á Madrid; pero en el poco tiempo que nos habíamos tratado yo no sabía más que su nombre, su nombre, que no olvidaré nunca, pero no su apellido. Á pesar de esto, puse el sobre de mi carta con su nombre y dirigido á la fonda en que usted se hospedaba.

CLARA. No he recibido esa carta.

MANUEL. No es extraño. Se pierden las que van con nombres y apellidos!... Pues bien, cuando mi padre estaba convaleciente volví á Cádiz, sin más objeto que buscar á usted; no logré encontrarla y recorrí desesperado toda Andalucía.

CLARA. Ya no estaba allí. Me fuí al Norte.

MANUEL. Desde entónces no hago más que pensar en usted. Recuerdo sin cesar aquella noche en que se le cayó á usted un lazo del vestido, que yo guardé como una reliquia preciosa y que no me abandona nunca. Véalo usted aquí, sobre mi corazon. (Sacando un lacito.)

CLARA. (Mirando de reojo.) No quiero verlo. Eso no significa nada. (Pues es verdad!)

MANUEL. Cómo olvidar aquella noche feliz en que á la orilla del mar, viendo sus olas transparentes que se deshacían en espuma á nuestros piés...

CLARA. Poeta, poeta!

MANUEL. Aquella noche me permitió usted que la *tutease*. No se acuerda usted?

CLARA. No señor. Voy á buscar á mi yerno.

MANUEL. Ah! No se vaya usted! Yo se lo suplico! Tenga usted fe en mis palabras... yo la amo.

CLARA. De veras?

MANUEL. Con todo mi corazon.

CLARA. Sí? Pues voy á buscar á mi yerno.

MANUEL. No le llame usted así! Qué mal sienta ese nombre en sus labios, formados para pronunciar palabras dulces.

CLARA. (Ay qué tunante!) Yo no puedo creer á usted; yo no

soy ninguna niña para dejarme convencer de su constancia por unas cuantas frases que nada significan, y ménos en boca de un poeta...

MANUEL. Oh! Yo la juro que mi felicidad sería escuchar otra vez las palabras que aquella noche me hicieron tan dichoso. Pronúncielas usted una vez siquiera; sepa que no me ha olvidado, que aún puedo esperar... (Cogiéndola una mano.)

CLARA. Pueden vernos; ten prudencia.

MANUEL. *Ten*! Has dicho *ten*! Bendita seas! Te amo, te idolatro!

CLARA. Voy á buscar á mi yerno. (Yendo á la puerta.)

MANUEL. Soy tan dichoso que me parece mentira. Ten! Ten!

CLARA. Allí le veo. Ángel! Ángel! (Llamando.)

MANUEL. No le llames!

CLARA. Es necesario que esto concluya.

MANUEL. Ten! Ha dicho ten!

ESCENA VIII.

DICHOS y ÁNGEL, que entra fumando.

ANGEL. (Qué me querrá?) Señora, qué desea usted? (Echando grandes bocanadas de humo.)

CLARA. Y viene usted fumando!

ANGEL. Ya lo ve usted.

CLARA. Es decir que se ha propuesto no complacerme ni en lo más pequeño?

ANGEL. Me he propuesto ser el dueño de mi casa y hacer en ella todo cuanto me parezca conveniente. (Echándole humo á la cara.)

CLARA. Está bien. Yo llamaba á usted para buscar una transaccion que evitase disgustos mayores, y veo que se niega hasta lo más á razonable. Basta. Veo que no me es posible continuar bajo este techo; que tengo que abandonar á mi hija; abandonarla en poder de usted, que la hace desgraciada. Oh! Para qué habré venido á presenciar la desventura de mi hija! Me voy con el corazon destrozado por la pena. ¡Usted será el responsable de

mi muerte! Porque yo me moriré, sí, me moriré muy pronto! Ay! Me pongo mala! (Acercándose á un divan fingiendo desmayo.)

MANUEL. (Á Ángel.) Hombre, ten consideracion!

ANGEL. Señora, usted sueña con desventuras que no existen; usted se ha propuesto sin duda sacarme de mis casillas juzgándome un tirano doméstico. Luisa es feliz!

CLARA. (Llorando.) Pobre hija mia! Cómo había yo de suponer que el casarla con usted la haría tan desgraciada! Ay! Yo no sé lo que siento! Yo me ahogo! (Cae en el divan como sin sentido.) Ay! ay! El ataque nervioso!

ANGEL. Señora! (Acercándose asustado.) Se pone muy mala cuando le da esto; Luisa me lo ha dicho. (Á Manuel.) Llama al criado; que avisen al Doctor! (Sale Manuel y vuelve á poco.) Señora, por Dios! Beba usted... Beba usted! (Coge el tintero y le va á dar para que beba.) Ay! Si es el tintero! No sé lo que hago! Esta mujer va á volverme loco. (Le echa agua en la cara.)

CLARA. Ay! (Estremeciéndose de veras.)

MANUEL. (Saliendo.) Vuelve?

ANGEL. Parece que sí. (Clara empieza á sollozar, y cuando Ángel y Manuel están inclinados hácia ella, da un grito agudísimo que les asusta.)

CLARA. Ay! Dónde estoy?

ANGEL. (La pregunta de siempre!) Está usted mejor?

MANUEL. Se siente usted ya bien?

CLARA. Sí señor, gracias.

LUISA. (Dentro.) Allá voy, mamá!

CLARA. Luisa viene: que no se entere de esto, no quiero hacerla más desventurada.

ANGEL. Por vida de...

ESCENA IX.

DICHOS, LUISA y DOÑA JUANA.

CLARA. Luisa, hija mia, ha llegado el momento de hablar con toda franqueza. Tu marido y yo no cabemos en

misma casa. Yo lamento la desdichada eleccion que has tenido al escoger para esposo á un hombre de sus condiciones. Pero como esto ya no tiene remedio y no me siento con fuerzas para soportar el espectáculo de tus desdichas... te dejo.

LUISA. Por Dios!

CLARA. Es inútil que me supliques. Estoy decidida á ello.

LUISA. Ángel!

ANGEL. Ya lo oyes, está decidida

CLARA. Esta separacion eterna; porque será eterna... me parte el alma. Ántes de marcharme, óigame usted y no olvide las palabras que por última vez le digo. (Á Ángel.) Yo le entregué á usted mi hija para que la hiciera dichosa. Ya que esto no pueda ser, procure usted al ménos reprimir ese carácter violento é irascible.

ANGEL. (Tiene gracia esto!)

CLARA. No olvide usted estas palabras de una madre que le ha hecho dueño de su tesoro más querido, de la hija de sus entrañas. Ay hija mia! (Abrazándola.)

MANUEL. (Hombre, no se te parte el corazon!)

ANGEL. (Tambien tú!)

ESCENA X.

DICHOS y el DOCTOR, que entra apresuradamente.

DOCTOR. Qué pasa aquí? Quién me necesita?

ANGEL. Nadie ya! Esta señora se puso algo indispuesta...

DOCTOR. Y está usted ya bien?

CLARA. (Llorando.) Sí señor, sí.

DOCTOR. (Á Ángel.) Pero qué es esto?

ANGEL. (Que se va... para siempre!)

DOCTOR. Sea enhorabuena. (Alguna banderilla bien puesta.) (Ap.)

CLARA. No quiero prolongar más mi estancia aquí! Dame el sombrero. (Á Luisa.) Vámonos al momento. (Á doña Juana.)

JUANA. (Á Ángel.) Yo deploro con toda mi alma...

ANGEL. Pero qué? Usted tambien se va?

CLARA. Sí señor, se viene conmigo.

ANGEL. Yo no puedo permitirlo. (*Haciéndola pasar á su lado.*) Esta señora, si yo la dejase marchar así, podría creer como usted que yo hago á Luisa desgraciada. Necesito que esta señora no forme su opinion por la de usted; que me aprecie por sí misma, que me haga la justicia que merezco.

CLARA. Mi amiga se vendrá conmigo, porque yo lo mando. Disponte al momento.

JUANA. Yo...

ANGEL. No se va usted. Ya es empeño mio, yo se lo ruego.

JUANA. En parte tiene razon...

CLARA. Bueno, me marcharé sola. Ya veo que no sólo me roba usted el cariño de mi hija, sino el de mi amiga tambien. Es usted un hombre inícuo.

ANGEL. Señora!

JUANA. (Prudencia!)

CLARA. (*Á doña Juana.*) Quédate, quédate á convencerte por tí misma de lo que es este hombre. No necesito que me acompañes. Usted me hará ese obsequio, no es verdad, caballero? (*Á Manuel.*)

MANUEL. Con mucho gusto. (*Coge el sombrero y le ofrece el brazo, en el que ella se apoya.*)

CLARA. Adios, hija mia! (*La abraza.*) Le aborrezco á usted, le detesto! Es usted un monstruo! Si usara de mi genie no sé lo que hacía, no lo sé. (*Amenazándole.*)

ANGEL. (*Á doña Juana.*) (Me pega, me pega!)

CLARA. Pero me voy; me voy! (*Gritando.*) Quiero tener pruden-cia! No quiero dar un escándalo! (*Amenazándole.*)

ANGEL. (Me pega, me pega!)

CLARA. Usted matará á disgustos á mi hija, y entónces... Yo sabré lo que he de hacer. (*Le da un empellon.*)

ANGEL. Me pegó!

(*Váse rápidamente arrastrando casi á Manuel. Ángel que ha estado conteniéndose, va á la puerta y la cierra violentamente trás de doña Clara, colocando detrás dos sillas.*)

Gracias á Dios!

CLARA. (Asomándose desde el jardin por la ventana.) Oiga usted! oiga usted!

DOCTOR. (Á Ángel que se acerca.) (Que va á saltar la barrera!) (Ángel, que se ha acercado á la ventana, se retira.)

CLARA. Le advierto que está usted encerrado con su suegra!

ANGEL. Cómo!

CLARA. Que su suegra de usted no soy yo, sino esa señora!

ANGEL. Qué dice!

LUISA y DOÑA JUANA. La verdad.

CLARA. Abur.

ANGEL. Señora! señora! Deténgase usted. Explíqueme usted esto! (Abre la puerta y entran riendo doña Clara y Manuel.)

CLARA. Hombre, le hemos engañado á usted como á un chino!

ANGEL. Es posible? Usted mi suegra! (Á doña Juana.)

JUANA. No; tu madre, hijo mio. (Abrazándole.)

LUISA. Sí, Ángel sí; nuestra madre.

CLARA. Como Luisa nos dijo la aversion de usted hácia las suegras hicimos esta farsa para que no empezase odiando á la suya.

ANGEL. Ah! Sí: comprendo que es verdad. Usted no tiene cara de suegra.

CLARA. Hombre, gracias por la galantería.

ANGEL. Dispense usted... la sorpresa... no sé lo que digo.

CRIADO. (Entrando.) Señor Doctor; de parte del señor Marqués...

DOCTOR. Voy al momento! No me dejan descansar.

CRIADO. Que la señora marquesa acaba de dar á luz una niña con toda felicidad.

DOCTOR. Cuando yo no estaba! Y para esto me he pasado allí ocho dias! Voy con permiso de ustedes.

CLARA. Espere usted un instante.
(Al público.)

Yernos, apreciables yernos
que con la intencion más negra
asegurais que es la suegra
aborto de los infiernos.
Hacedla justicia ya,
siquiera por compasion;

miradla sin prevencion
y vuestra madre será.
Pues yo sé de buena tinta,
y se lo pruebo á cualquiera,
que no es la suegra tan fiera
como la gente la pinta.

FIN DE LA COMEDIA.

La entusiasta acogida que el público de Madrid ha dispensado á esta comedia, débese en gran parte á la perfecta interpretacion que ha tenido por todos los actores que la han desempeñado.

Sería con ellos ingrato si así no lo consignase, y me complazco al hacerlo, lamentando que, por un error material, este testimonio de gratitud no vaya, como yo hubiera deseado, en la primera página de la obra.

El Autor.

OBRAS DRAMÁTICAS DEL MISMO AUTOR.

UN SARAO Y UNA SOIRÉE [1], zarzuela en dos actos y en verso, original, música del maestro Arrieta.
EL FIGLE ENAMORADO, sainete original, música del mismo maestro.
LA MUJER DEL PRÓJIMO, comedia en un acto y en verso, original.
DE MADRID Á BIARRITZ [2], zarzuela original en dos actos y en prosa, música del maestro Arrieta.
MAS VALE TARDE QUE NUNCA, proverbio original y en prosa, en un acto.
PERRO, 3, 3.°, IZQUIERDA [3], juguete cómico en un acto, original y en prosa.
¡CHITON! [3], idem, idem.
EL CARBONERO DE SUBIZA [4], parodia en verso, en un acto, música de los señores Aceves y Rubio.
UN PALOMINO ATONTADO, zarzuela en tres actos y en verso, arreglo del francés, música del maestro Rogel.
UN CUARTO DESALQUILADO, pasillo cómico, original y en verso.
(SE CONTINUARÁ) juguete en un acto, escrito sobre un pensamiento francés.
ESPERANZA, zarzuela dramática en dos actos y en verso, original, música del maestro Cereceda.
LAS MEDIAS NARANJAS [3], comedia en dos actos en prosa imitada del italiano.
EVA Y ADAN, juguete cómico, original y en verso.
LA HOJA DE PARRA, juguete cómico-lírico, en verso, original, música del maestro Marqués.
LA GALLINA CIEGA, zarzuela cómica en dos actos y en prosa, imitada del francés, música del maestro Caballero.
LEVANTAR MUERTOS [5], juguete cómico en dos actos y en prosa.
EL DOMADOR DE FIERAS [3], sainete lírico, escrito sobre el asunto de un Vaudeville, música del maestro Barbieri.
DOCE RETRATOS SEIS REALES, pasillo cómico, original y en verso.
LEON Y LEONA, entremés en prosa, original.
CADA LOCO CON SU TEMA, juguete cómico original, en un acto y en prosa.
LOS SEÑORITOS, comedia en tres actos, original y en prosa.
LA VIUDA DEL ZURRADOR [6], parodia en un acto y en verso.
LA CLAVE, zarzuela en dos actos, música del maestro Caballero.
LA MAMÁ POLÍTICA, comedia en dos actos, original y en prosa.

---

1 En colaboracion con el señor Lustonó.
2 Id. id. Coello.
3 Id. id. Campo-Arana.
4 Id. id. Granés.
5 Id. id. Blasco.
6 Id. id. Vital Aza.

AUMENTO *á la Adicion al Catálogo de esta Galería de 1.° de Octubre de 1875.*

	TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
	COMEDIAS Y DRAMAS.			
	Contra indiferencia, celos......	1	D. F.ª Saez de Melgar...	Todo.
	Doña Juana Tenorio, *parodia*..	1	R. María Liern......	»
4 1	Dudas y sombras—c. a. v.....	1	E. Navarro Gonzalvo.	»
3 3	El archivista—c. o. v........	1	J. Velazquez y Schez.	»
4 3	La dama blanca—c. o. v......	1	J. Velazquez y Schez.	»
6 4	La primera reunion—j. o. v..	1	E. Navarro Conzalvo.	»
8 5 a	Los baños del Manzanares.....	1	Ricardo de la Vega..	»
	Los pretendientes............	1	Emilio Álvarez......	»
4 2	Mi sobrino—j. o. p..........	1	Salvador Lastra.....	»
	Un alcalde aragonés—c. o. v..	1	Manuel Cuartero.....	»
	Una alumna de Baco...... ..	1	R. Maria Liern......	»
	Un thé dansant..............	1	César Bassols.......	»
3 2	La jaula de oro.............	2	Ricardo Soláns......	»
4 3	La mamá política...........	2	M. Ramos Carrion...	»
6 4	El coronel D. Pablo—c. o. v..	3	F. Canton Delgado...	»
	El parecido en la Córte, *refundicion*...................	3	Ricardo Caballero...	»
	La herencia de un rey—d. o. v.	3	SS. Santivañes y Cuenca.	»
3 3	Las cerezas.	3	M. Pina Dominguez..	»
	Un alcalde justiciero.........	3	Francisco Macarro...	»
	ZARZUELAS.			
4 2 c.	El San Antonio de Murillo—o. v	1	Sres. Macarro y Rubio..	L. y M.
	Las nueve de la noche... ...	3	D. J. Casares. (*Mitad.*)..	Música

NOTA. Han dejado de pertenecer á esta Galería las comedias en un acto *Cazar en su mismo soto, Deuda de sangre, El duende de palacio, El festin de Baltasar, El hijo de D. Damian* y *Un dia fatal*; la de tres actos, titulada: *El collar de esmeraldas;* las zarzuelas *Arriba y abajo, El inválido, Fuego en guerrillas, Los dos caminos, Paz conyugal*, en un acto; *Dos leones* y *María*, en dos actos; y han entrado á formar parte de ella, todas las obras del catálogo de D. José María Moles.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de *La Viuda é hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Alfonso Durán*, Carrera de San Jerónimo, de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen; de los *Hijos de Fé*, calle de Jacometrezo, 44, y de *Murillo*, calle de Alcalá.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LIRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.